

MARCELO JORGE ESSES

ABSURDA LÓGICA

*Relatos que pondrán
tu mundo patas arriba*



MARCELO JORGE
ESSES

ABSURDA
LÓGICA

*Relatos que pondrán
tu mundo patas arriba*



BIBLIOTECA ELEGIDA

*Colección dirigida por
Marcelo di Marco*

BÄRENHAUS

ÍNDICE

ENTREDICHOS Y TRIBULACIONES

<i>Mapas</i>	11
<i>Match</i>	15
<i>Zenón</i>	21
<i>La mujer de la escultura</i>	25
<i>Las leyes del final</i>	37
<i>En fila</i>	43
<i>Esa voz</i>	47
<i>Recurrencia</i>	53
<i>La vaca de Minos</i>	65
<i>El buen ciudadano</i>	75
<i>La Roma imposible</i>	81
<i>Predecir el pasado</i>	87

BOCETO PARA UNA NOVELA

<i>Saturación visual</i>	103
--------------------------------	-----

INFORMES Y CRÓNICAS

<i>Paradojas de lo cotidiano</i>	139
<i>Ordenar una biblioteca</i>	
<i>Entropía y orden hogareño</i>	
<i>Izquierda y derecha</i>	
<i>En otro lado</i>	
<i>La relatividad del tiempo</i>	
<i>Demografía de la familia</i>	

<i>Vida súbita</i>	155
<i>Hora pico</i>	157
<i>Para los arqueólogos del futuro</i>	160
<i>Esquinas porteñas</i>	161
<i>Relojes de Praga</i>	163
<i>La mirada de un holograma</i>	164
<i>Teorema de Venecia</i>	167
<i>Newtoniana</i>	168
<i>Presentando a Fernando</i>	170
<i>Amor eterno</i>	171
<i>Haikus alemanes</i>	173
<i>Cuestiones de familia</i>	177
<i>Reporte sobre la teletransportación</i>	182



ENTREDICHOS Y TRIBULACIONES



MAPAS

Primero fueron las ciudades, distribuidas a lo largo del territorio, cuidando de que en cada región hubiera una; luego las atravesaron los ríos, justo por la mitad, y así resultó que todas las ciudades contaban con un río que pasaba por ellas.

Después el territorio fue precisado y ampliado, y se dividió en varios países, sin nombre aún. También aparecieron nuevas islas o continentes que tuvieron las mismas características. El territorio crecía.

¿Y cuál era la relación entre los distintos Estados? Usualmente había algunos que querían conquistar a sus vecinos, ocupar sus territorios y sus ciudades, expandirse.

Mientras tanto los padres miraban, arrobados por lo que dibujaba el niño —tan inteligente y creativo—, sin tener idea de lo que representaban esos trazos. Y sin preguntarle: no les hubiera contestado, se hubiese refugiado en su timidez. Pero si le hubiesen insistido, el niño habría dicho, simplemente: “Mapas”.

Los dibujaba en grandes cartulinas blancas: una hoja de cuaderno o carpeta hubiese sido pequeña. Usaba marcadores de distintos colores: negro para los

bordes de los continentes, marrón para las fronteras entre los Estados, verdes las ciudades, azules los ríos. Cada elemento en el mapa tenía su propio color.

Estos proyectos le ocupaban la tarde. A la mañana, la escuela; a la tarde los mapas, en los días en que no salía a jugar.

Un mundo de papel —o de cartulina— era creado así: reflejo lúdico de lo que el niño iba entendiendo del mundo real. En los libros de Historia, los mapas siguen el curso de las batallas y de las campañas militares, de la expansión de las fronteras de un país, reino o imperio, y algo como esto se dibujaba ahora, pero siguiendo las batallas que el niño inventaba. Todos los días diseñaba nuevos mapas, cada vez más detallados.

Aunque al principio trató de crear el mundo con todos sus continentes, poco a poco, a medida que aprendía en la escuela, se fue concentrando. Y de ser Estados abstractos, sin nombre, se fueron pareciendo cada vez más a países reales. Resultó inevitable que esta evolución lo llevara a enfocarse en el Imperio Romano, modelo ejemplar de todos los imperios. Ahora su atención se centraba alrededor del Mar Mediterráneo, o de uno muy parecido. El niño tenía buena mano para los mapas, lo demostraba cada día.

Los romanos avanzaban conquistando, no había cómo detenerlos. Un territorio tras otro caía bajo su dominio. Y cuando ya ocupaban todo el mapa, cuando parecía que ya se agotaba el juego, el pequeño cartógrafo se enteró de lo sucedido en Pompeya.

Ese drama lo impresionó. No por nada en su ciudad, muy cerca de donde él vivía, existía un barrio con ese nombre.

Pero había algo más: el fuego.

Siempre le había atraído ver a su madre cocinar. También le resultaban muy sensuales los fósforos, con sus cabezas de colores que estallan brillantes al encenderse. Sin embargo, él estaba excluido de esa magia; no lo dejaban acercarse a las hornallas ni prender fósforos: los padres tenían miedo de que se quemara. Y ahora resultaba que un volcán reunía en sí todo el fuego del universo.

13

Entonces el juego cambió. Comenzó a dibujar mapas de la región de Pompeya, cada vez más cercanos, más precisos, más realistas. Con cada nuevo mapa se introducía más y más en la ciudad. Aparecieron las calles principales, sólo ellas en el primer acercamiento; en el siguiente se fueron delineando las otras, hasta que al final la traza completa quedó reflejada en la cartulina. Y también el volcán.

Ya salía menos a jugar por las tardes, hasta que dejó de hacerlo. Pompeya lo absorbió. La sombra del volcán crecía protagónica. Era como jugar con fuego. El niño empezó a dibujarse a sí mismo en el mapa. Pasó a ser parte de la ciudad.

No era usual que el niño se quedara solo; la madre solía estar siempre en casa mientras el padre iba a trabajar. Pero ese día ella tuvo que salir, así que no había nadie más cuando aquello sucedió.

La gran erupción se produjo. Ríos de lava corrieron por las calles. Todo era tapado por un color rojo intenso. Todo era sepultado debajo de esa corriente irrefrenable. El niño había querido saber cómo era estar en Pompeya, cómo sería vivir la catástrofe. Y ahora le costaba salir.

14 El volcán arrojaba rocas ardientes que hostigaban la ciudad. El niño las esquivaba como podía. Algunas caían muy cerca, y no podía saber en dónde caerían las próximas. Y las rocas generaban nuevos incendios. Las cenizas volcánicas lo nublaban y asfixiaban. ¡Era imprescindible que escapara de esa trampa! A medida que la lava se derramaba sobre Pompeya, él iba cambiando su posición, se iba corriendo a los lugares aún no sepultados, esquivando bombardeos de piedras, escrutando a través de las cenizas, tratando de huir de la ciudad.

El avance de la lava era imparable.

Cuando los padres volvieron, encontraron al niño con varias quemaduras. Había estado llorando. El dibujo centelleaba, manchado totalmente de rojo.

No consiguieron que les explicara qué había sucedido.

MATCH

15

La noche siguiente a la partida, todavía sin poder dormir, Guzmán le comunicó al juez que abandonaba el match y que reconocía la justa victoria del campeón, que había jugado mucho mejor que él. Las cosas sucedieron así.

El match había sido pactado a veinticuatro partidas. Guzmán era el retador. En el primer juego llevaba las blancas Ortiz, el campeón.

Ortiz tomó asiento y, tras echar una rápida mirada al tablero, adelantó dos casillas uno de los peones centrales. “Mala suerte”, pensó Guzmán, “abrió con peón rey”. El retador hubiera preferido que su rival jugara peón dama, pues las partidas suelen ser cerradas y esto le resultaba más adecuado a su propio estilo. Problema entonces. ¿Cómo responder?

Guzmán sabía que Ortiz era experto en posiciones abiertas; no obstante, se sintió sorprendido. “¿Una falla en mi entrenamiento?” Evaluó las posibles respuestas a esta primera jugada y sus derivaciones. Cada tanto miraba furtivamente la expresión segura y aplomada de Ortiz. Se inquietó. “Debe tener algo preparado, sin duda. ¿Cómo evito caer

en su trampa?” Los minutos pasaban, y la inquietud de Guzmán crecía. Ninguna respuesta aparecía sobre el tablero, inmóvil tras la primera jugada del campeón.

Guzmán consideró varias posibilidades. Pero no acerca de esta partida: “Si Ortiz hubiese jugado peón dama, ya sabría qué responderle”; “para la próxima tendré que prepararme mejor”; “necesito descansar bien”.

16 El tiempo pasaba. La inquietud de Guzmán se iba transformando en angustia. Seguía paralizado. La angustia se convertía en pánico. La tensión psicológica le resultó insostenible: abandonó.

Abrumado, llegó a su casa y se acostó de inmediato. No pudo dormir. Los acontecimientos de esa noche lo mantenían en ascuas. Por suerte para él, había un día más de descanso: la segunda partida se jugaría dos noches después. Podría recuperarse. Sobre todo, tendría que templarse un poco: no podía inclinar su rey sin responder ni una sola jugada. Millones de veces se había producido en la historia del ajedrez la posición en la que él resignó, y todo el mundo, buenos y malos jugadores, excelentes o pésimos, habían contestado sin inconvenientes. En cualquier caso, los inconvenientes surgirían más adelante, en una fase posterior de la partida, no en la primera jugada.

La noche pasaba. Por suerte no tenía que ir a trabajar, pues había pedido una licencia para jugar el match. ¿Y qué diría en su trabajo? ¿Que abandonó la partida sin responder a la primera jugada de su rival? ¿Para qué había pedido la licencia entonces?

Cuando al fin consiguió dormirse, ya amanecía.

Despertó pasado el mediodía. Trató de tomarse las cosas con calma. “Lo que me pasó es muy raro, no volverá a suceder.” Tras una comida liviana buscó su tablero, sus libros y demás materiales de ajedrez. Comenzó a diseñar su estrategia. En la segunda partida le correspondía a él jugar con blancas. Tenía la posibilidad de plantear lo que se le ocurriera; luego de algún examen, decidió que lo mejor sería abrir con peón dama. Ése era su territorio, el campo en el cual podía desplegar su creatividad.

17

Ortiz contestaba siempre a la apertura de peón dama con la misma jugada; no había ni una sola partida en que usara otra. Mejor para Guzmán, que podría enfocarse en ella. Pero..., ¿y si su oponente había proyectado otra defensa para esta oportunidad? Era el match por el título, la ocasión lo valía. La incertidumbre asomó en el interior de Guzmán. Durante dos horas meditó la posibilidad. Al final la descartó: Ortiz se sentía muy seguro, lo había visto. ¿Por qué cambiaría?

Guzmán decidió tomarse una pequeña siesta: había sido mucho el trajín espiritual. Sólo media hora; si no, sería un día perdido. Cumplió, con la ayuda del despertador. Tras levantarse y merendar, se concentró en la apertura que él y su rival elegirían. Se sentía más tranquilo. Después de una cena liviana, continuó estudiando hasta que fue noche cerrada. “Tampoco me conviene llegar a la partida de mañana sin dormir.”

Al día siguiente se levantó a una hora razonable. Había descansado bien y tenía tiempo de sobra para

seguir preparando la partida de la noche. Metódicamente, analizó la apertura elegida. La había estudiado y jugado en incontables oportunidades, y sabía que le podía sacar provecho. No por nada él había llegado a la final, a desafiar al mismísimo campeón.

Fue un día transitado en forma óptima. Bien entrenado, bien descansado, de excelente humor. Tomó una siesta de una hora antes de salir hacia el club. Llegó temprano y desbordaba optimismo. Los demás lo alentaban, lo veía en sus miradas. Algunos hasta se lo decían abiertamente.

El campeón se presentó, y ambos tomaron asiento frente al tablero.

El árbitro puso en marcha el reloj.

Guzmán estiró su mano para adelantar el peón dama. Se detuvo antes de hacerlo. ¿No habría proyectado Ortiz una defensa distinta? Por algo era el campeón, podía innovar. Media hora la pasó considerando los pros y los contras que podría haber barajado Ortiz. Finalmente, aún inseguro, Guzmán se sacudió y se dijo que de todas maneras él había preparado lo suyo, que no lo iba a cambiar ahora. Y volvió a estirar su mano.

Se detuvo de nuevo. Tal vez el campeón respondiera con la defensa esperada. Pero..., ¿y si tenía alguna novedad lista para más adelante? Las novedades en las aperturas pueden ser devastadoras. El rival se encuentra con algo inesperado que tiene que resolver en pocos minutos, mientras que quien las planificó tuvo muchas horas, días y quizás hasta meses para conocer los secretos de la posición. Guzmán trató de

anticipar cuál podría ser la novedad de Ortiz. Durante una hora lo estuvo pensando, hasta que volvió a sacudirse. “¡Pero si no lo voy a saber hasta que él no juegue! ¡Empecemos ya!”

Miró a su rival: rostro impassible, confiado, sereno. Como correspondía a un campeón de verdad. En sus ojos notaba sin embargo una chispa feroz: “Mueve de una vez, y te daré tu merecido”.

La inquietud de Guzmán creció de nuevo. Cuando se tornó en angustia y se volvió insoportable, inclinó su rey.



ZENÓN

Los días de finales de diciembre son el paraíso de los procrastinadores: es posible dejar un montón de cosas para el año que viene, y sin ninguna culpa. Total, el año ya está perdido. ¿Por qué, entonces, tentar al diablo proponiéndose terminar algo laborioso antes de que concluya el 31?

Sin embargo, Zenón tenía sus motivaciones: contar con un homónimo ilustre, antepasado tal vez, lo acicateaba. Sus padres le habían dicho que el nombre le venía del campo, donde ellos se habían criado. Para él, eso no tenía importancia: desde su prosapia griega, el nombre seguía convocándolo.

Se había enterado de su existencia en las clases del secundario, y quedó prendado. Por eso se había decidido a estudiar Filosofía en la universidad. Incluso se había bautizado, bromeando con sus compañeros, como Zenón “el Joven”. Había pasado los años de su carrera entre complejos pensamientos, tratando de decidir cuál sería su lugar en la profesión y en la vida. Al tiempo, se sintió defraudado: no encontraba en la carrera las respuestas que estaba buscando. Y su familia nunca lo había acompañado

en su estudio. Él los veía demasiado simples, sin interés ni comprensión: “¿De qué vas a vivir? ¿Por qué no seguís una carrera de verdad? ¿Acaso no es mejor ser abogado o médico? ¿Cómo les explicamos a nuestros conocidos lo que vos estudiás?”

Cayó en una crisis. Y reaccionó frente a ella como lo hacen algunos: rechazando su vida anterior. Sintió el imperativo de rebelarse contra la autoridad de los mayores. Incluso la del griego, por más tocayo y posible antepasado que fuera. No obstante, aún no se sentía fuerte para arrojar todo por la borda, y nunca le había gustado abandonar las cosas por la mitad. La carrera debía terminarla igual, le faltaba poco. Así que, en el momento de trabajar su tesis de licenciatura, la emprendió por este camino. Y no quiso perder más tiempo.

Está bien, lo entendemos. Pero igual..., ¿justo ahora? ¿Plantearse demostrar en pocos días, antes de que termine el año, la falsedad de la paradoja de Zenón de Elea, la de Aquiles y la tortuga?

Por si alguno no la conociera, nuestro Zenón la contaba así:

Decía mi pariente que el movimiento es una ilusión. Y, para demostrarlo, se le ocurrió inventar una carrera entre Aquiles, “el de los pies ligeros” —el corredor más veloz del mundo, si bien un poco calentón, hay que reconocerlo—, y una simple tortuga. Era, aparentemente, una carrera ganada de antemano.

El chiste estaba en que el animal tendría diez metros de ventaja. Y entonces, cuando Aquiles llegara

a la posición de salida de la tortuga, ésta ya habría avanzado algo. Y cuando Aquiles arribara a la nueva posición, la tortuga ya se habría movido más adelante. Y así hasta el infinito y más allá.

Según el filósofo, Aquiles nunca alcanzaría a la tortuga, aunque siguieran corriendo hasta hoy. Y quién te dice que el animal, conociendo el carácter de su competidor, no se diera vuelta y le sacara la lengua.

¡Una pavada! Como si después de la guerra de Troya, Aquiles no tuviera mejor cosa que hacer que

23

Lo que buscaba nuestro amigo era encontrar, en el campo de la Lógica, una clara refutación de la paradoja. Y como si esto no fuera suficientemente difícil, se puso la meta de descubrirla antes de que dieran las campanadas que anunciarían el nuevo año, para comenzar desde cero otra etapa de su vida, sin resabios de la anterior. ¡Menuda tarea! Y mirá que encima Borges ya había advertido a los que quisieran meterse con este filósofo: “Refutarlo es contaminarse de irrealidad.”

Así que el 26 de diciembre Zenón empieza a trabajar. Dispone en el campo a Aquiles y a la tortuga, a la que da diez metros de ventaja. Y comienza a subdividir el espacio y a razonar sobre la sumatoria de las partes y cosas por el estilo. Muy a su pesar —merecido por cierto, nosotros se lo advertimos—, no consigue rebatir a su tocayo. Y vuelve a intentarlo, una y otra vez. Piensa: “Cuando en lugar de diez

metros haya diez centímetros, la solución va a estar más próxima.” Y así continúa, pero siempre queda una ventaja para el animal.

Ya es el 31. Zenón necesita dar vuelta la página, pero no puede aún resolver el problema. ¡Y eso que puso al mejor corredor! Sigue dividiendo el espacio y, sin embargo, no llega a impugnar el planteo de su homónimo.

24 A las 10 de la noche, aumenta su ansiedad. Aquiles, aunque cada vez más cerca, no logra dar alcance a la tortuga. Pase lo que pase, ella sigue al frente. Pero..., ¿será posible? ¡Maldito cuadrúpedo!

A las 11, el héroe la tiene ahí, a milímetros nomás; y, no obstante, siempre le falta un poquito. ¡Dale, Aquiles, apurate! ¡Vas más lento que una tortuga!

Parece inútil: la medianoche se aproxima y Zenón no ha encontrado lo que busca.

Ahora le queda la mitad del tiempo.

Ahora la mitad de la mitad.

¡Ahora la mitad de la mitad de la mitad!

Y lo más sorprendente es que, así como Aquiles no alcanza a la tortuga, Zenón tampoco consigue llegar a fin de año. Siempre le falta un poquito más: un segundo, la mitad de un segundo, la mitad de la mitad de un segundo... Parece que ya lo va a lograr, pero no. Todo es un acercamiento perpetuo, y es perpetuamente insuficiente.

Y nosotros, que lo miramos desde enero mientras nos reponemos de los efectos del brindis, todavía no podemos conjeturar si Zenón tendrá éxito alguna vez.



BÄRENHAUS
EDITORIAL